

# JOSEP AMAT



EL PASSEIG DE SANT FELIU DE GUÍXOLS, 1988 (65 x 50)

PARA AMAT, LA HABILIDAD Y LA MAÑA HAN SIDO INSTRUMENTOS PARA CONSEGUIR, CON TODA NATURALIDAD, UNA PINTURA PURA, UNA PINTURA QUE AYUDE A ENTENDER UNA VIDA, LA DE SU ENTORNO.

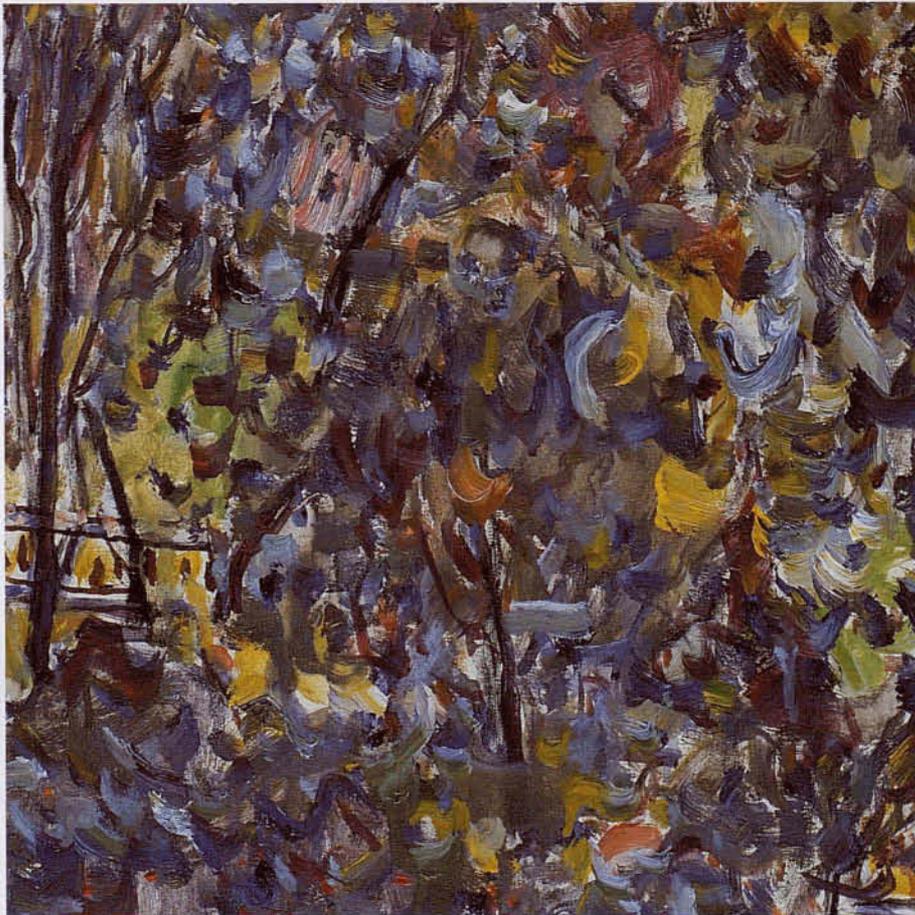


LA RAMBLA (FRAGMENTO), 1965 (65 x 50)

FRANCESC FONTBONA CRÍTICO DE ARTE



VISTA GENERAL DE BARCELONA, 1964 (81 x 60)



VISTA GENERAL DE BARCELONA (FRAGMENTO)



INTERIOR (38 x 46)



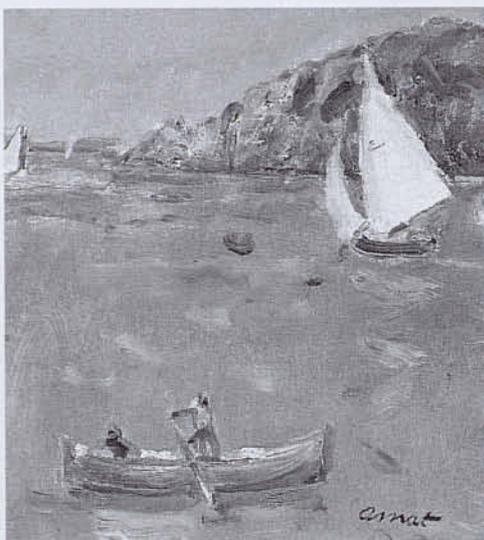
BANDERA, 1985 (24 x 38)

**C**uando me puse a escribir este artículo no podía imaginar que lo que empezó siendo el elogio de un pintor vivo terminaría siendo su epitafio; pero lo cierto es que Josep Amat, que con Camps-Ribera, Ramon de Capmany, Calsina y pocos más, era entonces uno de los pocos patriarcas vivos de la pintura catalana actual, moría en Barcelona durante la tercera semana de enero de este año de 1991. Amat era ya muy anciano, había nacido casi con el siglo y, últimamente, su salud había pasado por graves trastornos físicos y morales. Pese a ello, no hace mucho que el artista dibujaba todavía, y algunos de sus trabajos de los últimos tiempos recogían la esencia de la sabiduría de toda una vida dedicada al arte: eran síntesis refinadísimas en las

que, con un mínimo de trazos, convertía su inevitable limitación física en extraordinarios resultados plásticos de aquella gran simplicidad con la que sólo los grandes artistas pueden hacer grandes creaciones, desprovistas de todo lo accesorio.

Amat fue un pintor fiel a un género clásico, el paisaje, que había cobrado nueva vida y significación con el triunfo del Realismo ochocentista, y más todavía con el Impresionismo, cuando pintar un paisaje al aire libre equivalía a romper una lanza en favor de la libertad y contra el convencionalismo de la pintura de argumento. No es extraño por ello que, cuando Amat fue elegido miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge, eligiera, como tema para su discurso de ingreso, leí-

do en 1981, la "Historia del paisaje". Aquellos primeros paisajistas modernos, cuyas huellas Amat no tuvo inconveniente en seguir durante toda su vida, tan distintos de los que habían hecho paisaje con la misma artificiosidad con que podían componer una escena mitológica, crearon la figura nueva del pintor que necesita aspirar de la tierra —o del adoquinado urbano, puesto que Amat prefería, como lo había preferido Rusiñol, el paisaje modificado por la mano del hombre— la energía necesaria para pintar; y pintar lo que se extendía ante su vista aunque no tuviera nada anecdótico o pintoresco. Amat pertenecía a ese tipo de pintores. Era un seguidor, con estilo propio, de la pintura que desea la referencia a un panorama concreto y tangible en vez de



PESCADOR, 1970 (23 x 25)



LE CONSOLAT, PARIS, 1949 (65 x 50)

crear pensando en el sueño, en el puro concepto, y que tiene su punto de origen precisamente en el Impresionismo francés. Barcelonés, Amat fue miembro independiente de la generación pictórica de 1917, la que reaccionó contra el idealismo de los novecentistas, a pesar de que a quien más se aproximó fue a Joaquín Mir, la máxima figura del paisajismo postmodernista.

Barcelona, París y la Costa Brava —en especial Sant Feliu de Guíxols— son, con mucho, los temas que Amat tocó con mayor preferencia. Él convirtió los entoldados y las carpas de los circos ambulantes en tema artístico de primer orden. Sus vistas del Sena, el río más pintado del mundo, no desmerecen de las que haya hecho el más ilustre de sus retratistas. Y, de Barcelona, sus mejores

exponentes son los que recogen los barrios cercanos al puerto y los del Putxet, en el antiguo término de Sant Gervasi de Cassoles, donde vivió el artista. En este sentido Amat, al margen de un gran pintor, nos resulta también un testimonio único de un barrio extraordinariamente evocador —el del Putxet—, hoy seriamente desvirtuado por las nuevas construcciones. Muchos de aquellos chalets ochocentistas, pero de aspecto neoclásico aún, tan genuinos del barrio, ya sólo existen en sus pinturas. De este modo Josep Amat cumple con la vieja máxima que dice que el arte más importante puede nacer del localismo más concreto.

De todo ello puede desprenderse que Amat era uno de aquellos pintores que concedían un papel importante a la téc-

nica pero, contra lo que ocurre a menudo con pintores de esta suerte, en Amat lo que coloquialmente se denomina "cocina" siempre quedó neutralizado por la sensibilidad plástica. Para él la maña, la habilidad, la facilidad, fueron sólo instrumentos que dosificó sin exhibir un virtuosismo abrumador —pese a poseerlo— para obtener con toda naturalidad contundentes rectángulos de pintura pura; una pintura que ayuda a entender una vida, la de su entorno, la de su país, consiguiendo con ello lo que tal vez sea una de las grandezas del arte, la de transmitir a través del tiempo la vibración especial de una época que tal vez nunca podrá ser tan explicitada, a quienes no la hayan vivido, a través de la palabra, a excepción, tal vez, de la poesía. ■